

DEMASIADO TARDE

- Quédese con la vuelta - dijo Sebastián mientras se bajaba del taxi a toda prisa.

- Deprisa, más deprisa, tengo que llegar a tiempo - iba pensando Sebastián mientras entraba por la puerta del hospital.

- Hola - gritó a un médico que se paseaba de un lado a otro con impaciencia. ¿Qué tal se encuentra? Lo he conseguido, la puedo curar.

El médico le miró y sin decir una sola palabra le indicó que le siguiese. El hospital estaba en completo silencio, todos los pacientes descansaban en sus habitaciones. A Sebastián le preocupaba mucho el mutismo de su compañero, no anunciaba nada bueno. ¿Por qué no le decía cómo se encontraba Ana? ¿Por qué callaba? Sólo había una respuesta: había empeorado o incluso algo mucho peor. Pero no quería pensar, no podía pensar que después de todos los sacrificios llevados a cabo, que incluso la inmolación de su propio espíritu en aras del amor había fracasado. El amor ¿no supera cualquier obstáculo? Porque ellos dos se querían, se querían con locura y por eso él había emprendido aquel viaje, buscando la cura, pagando por ella el precio más alto que un ser humano puede pagar: su propia existencia. Pero no le importaba, lo había dado todo por ella, y si tuviera que volver a hacerlo volvería a inmolarse. Lo más triste de todo es que no había servido de nada. Si, como temía, había llegado tarde ¿de qué servía su sacrificio? ¿Para qué todas las penalidades pasadas? ¿Es que no había un Dios justo que se apiadase de él? ¿Es que no existe la compasión en este mundo? Amor, ¿para qué amar si todo tenía que acabar de esta manera? Polvo eres y en polvo te convertirás. ¡Vaya una mierda! No le importaba convertirse él mismo en polvo, pero ella... ella, no, por favor, ella, no.

Después de subir a la tercera planta en ascensor y después de caminar por un pasillo, dejando detrás suyo infinidad de puertas, el médico se paró delante de una de ellas y abriéndola le invitó a entrar.

Un pequeño pasillo conducía a una habitación doble. Dos camas, una vacía, la otra ocupada por una mujer inmóvil. Sebastián se acercó a ella lentamente. No respiraba. Todo era silencio. Le agarró la mano y sin decir nada rompió a llorar.

- Lo siento, es demasiado tarde - murmuró con pesar su amigo médico. Ha muerto está misma tarde.

- Gracias - respondió Sebastián. Déjame sólo, por favor.

El doctor salió de la habitación en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Eran demasiadas las veces que se encontraba en una situación semejante y cada vez se le hacía más difícil. Pero la vida es así, al final siempre se acaba.

Sebastián lloraba mientras aferraba con fuerza la mano de su amada. El cáncer había podido con ella. Sus lágrimas, al caer sobre el colchón, dilataban una mancha de sangre, ampliándola, dando la sensación de crecer por momentos.

- Sangre... - susurró Sebastián.

Estuvo arrodillado durante más de dos horas a su lado, unas veces llorando desconsoladamente, otras veces mirándola, otras veces sin hacer ni pensar nada intentando captar, aunque solo fuera durante un instante más, el espíritu de su amada. Quizás ella se encontrase todavía cerca de allí y pudiera sentir su dolor. Quizás si gritase su nombre le oyese y volviese a su cuerpo al sentirse necesitada. Quizás si se inmolase, ella pudiera revivir. Quizás... quizás...

Cansado, acercó el sillón al lado de la cama donde yacía su novia, apagó las luces de la habitación, y dejándose caer en el sillón habló de la siguiente manera al cuerpo tendido en la cama:

- ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Hace ya cinco años de ello. Era verano. Llevabas un vestido azul cielo que contrastaba perfectamente con tu cabellera rubia, ensalzando todavía más tus ojos azules. ¡Estabas radiante! Un vestido de tirantes resaltaba tu esbelta figura y unas sandalias eran el toque perfecto para tus desnudos pies. En el mismo instante en que te vi, supe que estábamos destinados a querernos. Fuiste tú quien se puso a hablar conmigo. Confieso que me sorprendió tu atrevimiento. No es nada normal que una chica se ponga a hablar con un chico al que no conoce. Lo habitual suele ser lo contrario. La chica se insinúa con la mirada, se acerca poniéndose a tu lado, en muchas ocasiones suele ponerse justo delante de ti dándote la espalda facilitándote el hablar con ella, pero nunca te entra, siempre se queda a la espera de que des el primer paso. La chica escoge, pero el chico es quien hace. El planteamiento siempre lo he considerado un poco estúpido. Total, si alguien te atrae ¿por qué no puedes ponerte a hablar con él? Si no hay nada malo en ello. Pero el juego lleva mucho tiempo hecho y es muy raro encontrar chicas que lo rompan. Pero tú lo rompiste y en lugar de esperar, te pusiste a hablar conmigo.

>> No fue nada difícil enamorarme de ti, todo lo contrario, me zambullí con gusto en tus redes. Todo fue fácil, ninguno de los dos se opuso a nuestro amor. Empezamos a vernos cada vez con más frecuencia, y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos saliendo. Siguió los años más felices de toda mi vida. No los cambiaría por nada en el mundo. Al igual que ahora, entonces ya te quería con locura. Hubiese hecho cualquier cosa por ti, habría dado mi vida si me la hubieses pedido con tal de demostrar mi amor, te habría dado la sangre, te habría dado mi alma. ¡Qué ironía! Al final tuve que dar mi alma en aras de nuestro amor, pero fui lento, he condenado mi alma y tu has muerto. Qué estúpido soy, ¿verdad? Pero lo volvería a repetir, no me arrepiento de nada, salvo de no haber llegado a tiempo. Tenía que haberme dado más prisa. He fracasado por unas horas, por unas horas, por unas horas...

Sebastián, acongojado, triste, sintiéndose como debe sentirse el sol, que siempre por unas horas llega tarde para ver a su amada luna, guardó silencio durante unos minutos. Las lágrimas surcaban sus mejillas para acabar estampándose en el suelo de la habitación. Cuando se deshizo un poco su nudo en la garganta continuó hablando:

- Fueron años muy felices. Ojalá volvieran. Pero, no, se fueron y ya nunca volverán, como tú tampoco volverás. A los cuatro años de conocerte, hace algo más de un año, te dictaminaron un cáncer. No lo pillaron a tiempo. Estaba demasiado avanzado. Según los médicos durarías como mucho unos meses. Je, parece que se equivocaron y duraste algo más, pero no mucho ¿verdad? No pudiste esperarme. ¿No confiabas en mí?

>> Viendo que te morías, sintiéndome completamente impotente mientras día a día te ibas debilitando, decidí hacer algo. Tenía que haber cura, siempre la hay, tenía que poder ayudarte de alguna manera, aunque tuviese que bajar al mismísimo infierno para vender mi alma al diablo. Haría lo que fuese necesario y entonces lo recordé. Recordé haber leído hace muchos años un caso similar. El caso sucedió en los Estados Unidos (¿dónde sino?) en Nueva York y fue tan sensacional que lo llegaron a comentar en los telediarios. Una mujer joven, de tu misma edad, se había recuperado milagrosamente de un cáncer. Si bien el cáncer era de un tipo diferente, también lo consideraban mortal. Los médicos no dieron crédito, cuando la noche siguiente después de desahuciarla la vieron salir por su propio pie de su habitación,

completamente vestida, e irse andando tranquilamente, ignorando por completo los consejos de los asombrados doctores que le aconsejaban guardar cama. Todavía lo más extraño del caso fue que la joven desapareció no volviendo a dar señales de vida. Por mucho que la buscaron los periodistas, por mucho que publicaron sus fotos en televisión y periódicos, nadie la vio o si lo hizo no informó.

>> ¿Cómo había conseguido escapar de una muerte segura? Me preguntaba mientras tú comenzabas a agonizar en la cama. ¿Habría encontrado un remedio milagroso a su enfermedad? A lo mejor había usado un brujo y éste la había curado, o quizás su novio era médico y halló la cura y por motivos que no alcanzaba a imaginar no quería darla a conocer. No lo sabía, pero tenía el convencimiento de que su cura no había sido por casualidad, sino que la había buscado. Tenía que encontrarla y hablar con ella. Me pidiese lo que me pidiese se lo daría, con tal de salvarte.

>> Una vez tomada esta determinación me puse manos a la obra. Necesitaba, por una parte, recopilar la mayor información sobre el caso publicada en España, y por otra, ir recaudando fondos para un viaje a Nueva York en busca de la joven, porque está claro, que en España no la iba a encontrar. En dos días había llevado a cabo ambas tareas. Por una parte, con paciencia revisé todos los periódicos. Como puedes imaginar, no recordaba con exactitud el año en que todo ocurrió, sino tan solo tenía una ligera idea. El caso sucedió hace unos 6 años, sobre 1998. Revisé todos los periódicos de este año. No encontré nada. Pasé a revisar los periódicos de 1999 y de 1997. Tampoco hallé nada. Confieso que empecé a desesperarme. No hay nada peor que tener prisa para no encontrar nada. Con tranquilidad y de forma sistemática se suele tardar bastante menos que con impaciencia, así que me senté en mi sitio, respiré profundamente unas cuantas veces y me zambullí, de nuevo, a la tarea de revisar los periódicos del 2000 y de 1996. Como suele suceder mi trabajo al final dio sus frutos. El suceso en cuestión correspondía al 22 de febrero de 1996. El periódico no decía muchas más cosas de las que recordaba, salvo que indicaba el hospital en donde había sucedido el caso y el nombre de la paciente. Con estos dos datos ya podía encaminar mis pasos a Nueva York.

>> El dinero para sufragar el viaje y todos los demás gastos lo obtuve por una parte del dinero que había estado ahorrando para casarnos y por otra, de nuestros padres: a pesar de que pensaban que no iba a conseguir nada, ninguno de ellos puso ninguna objeción, dándome todo tipo de facilidades.

>> Durante el viaje tuve varias pesadillas, debidas, supongo, a las dudas que corroían mi espíritu. Yo tampoco tenía nada claro si realmente iba a conseguir algo con ello. Las dudas comenzaron a asaltar mi mente. ¿Qué es lo que pasaría si la mujer ya hubiese muerto? Habían pasado seis años y eso es mucho tiempo. Pero ¿y si no conseguía encontrarla? Nueva York es una ciudad muy grande y no creo que sea nada fácil moverse por ella, sobre todo a una persona que nunca ha estado allí. Además, cabía la posibilidad de que la joven se hubiese mudado de ciudad. ¿Cómo la encontraría entonces? Y si se hubiese ido al extranjero, ¿cómo la encontraría? Además, hay que recordar que no tenía todo el tiempo del mundo. Tú te estabas muriendo, tenía que encontrar la cura a tiempo. No serviría de nada si la encontraba tarde. El tiempo era mi peor enemigo.

>> A pesar de las prisas y de que fui directamente al hospital donde sucedió el suceso, he de confesarte que lo poco que vi de Nueva York me dejó impresionado. Mientras iba en el taxi me maravillaba la ciudad. Imaginé ir paseando contigo por esas amplias calles abarrotadas de gente, íbamos en silencio, agarrados de la mano. No era necesario hablar, nuestros espíritus se encontraban sintonizados.

Me giré para contemplar tu rostro. ¡Qué momento tan inolvidable sería ese! ¡Qué bonito es el amor cuando es correspondido! Sentir al ser querido tan cerca, sentir el calor de tu mano, la suavidad de tus dedos. Quererte, sintiéndome en el cielo. Y, entonces, la voz del taxista me despertó. Habíamos llegado al hospital. Le pagué, dándole una buena propina, me bajé despacio como temiendo el momento de hablar con el doctor que atendió a la persona que buscaba y con pasos lentos me dirigí a la puerta del hospital.

>> En las noticias había encontrado el nombre del médico que atendió a la joven curada milagrosamente. Tenía miedo de no encontrarle, que le hubiesen trasladado, que se hubiese muerto, o que, por el contrario, se tratase de una persona muy huraña y no quisiese hablar del caso, o que estuviese muy ocupado y nunca tuviera tiempo para hablar conmigo, o vete a saber tú qué otros motivos le podían incitar para no querer hablar conmigo. Pero, gracias a Dios, no ocurrió nada de eso. Al preguntar en recepción por él me informaron que efectivamente allí trabajaba ese doctor, pero que en ese momento estaba ocupado. Que si tenía la amabilidad de esperar un rato acabaría saliendo. Tardó un par de horas en salir, fue muy atento. Recordaba el caso de la joven por tratarse de una cura totalmente imposible.

>> Según me contó, llevaba tres meses agonizando. Cada día se encontraba peor. Apenas si tenía fuerzas para mantenerse en pie. Su novio, iba y venía continuamente. Cada vez se le veía más desesperado. En una ocasión, el médico al entrar para hacer la visita habitual, les oyó discutir. No entendió bien sus palabras, y con el paso del tiempo lo más probable es que las hubiese tergiversado, pero juraría recordar que discutían sobre su posible cura. Era como si el chico hubiese encontrado la forma de salvarla, pero ella se negase a ser salvada. La única frase que consiguió oír claramente fue:

- Esa solución es monstruosa. Piensa que...

>> Y aquí, la joven, guardó silencio al notar la presencia del médico en la habitación.

>> Al cabo de un mes, cuando la joven estaba ya en las últimas, la encontraron saliendo de su habitación, muy pálida, pero sonriente, con la suficiente fuerza para ir dando brincos de alegría. Su novio la seguía detrás suyo. Algo muy grave tenía que haber sucedido, pues su tez morena se había tornado completamente cetrina. Pero se le veía tranquilo y alegre, e incluso, en apreciación del doctor, su mirada tenía un matiz triunfal. Aunque intentaron retenerlos para hacerle las pruebas correspondientes, la chica se negó en rotundo, y haciéndose paso, casi incluso por la fuerza, salió del hospital para no volver nunca más.

>> En opinión del doctor, había dos posibilidades: o bien, el novio, como daba a entender la conversación captada por casualidad entre los jóvenes, había encontrado la cura para la enfermedad, o bien, le había dado un estimulante lo suficientemente fuerte como para dar a la enferma la suficiente fuerza para levantarse por su propio pie y salir andando del hospital. Lo más probable es que esta fuese la verdadera respuesta. De ahí se explicaría la extrema palidez del joven y la expresión triunfal de su mirada. La palidez procedía del hecho de saber haber matado a su novia. En lugar de esperar a que la enfermedad la consumiese lentamente, seguramente le habría propuesto una muerte más rápida y placentera provocada por un exceso de algún tipo de droga que no mate al instante. De esta forma, se explicaría su rápida recuperación. La solución de haber encontrado la cura para la enfermedad no la veía muy viable, puesto que toda cura requiere cierto tiempo en hacer efecto. La joven se encontraba en las últimas. Los efectos de cualquier tratamiento serían lentos de ver, nunca inmediatos. Por otra parte, si el joven tenía la

cura ¿por qué no la había dado a conocer? Habría sacado bastante dinero, y en opinión del doctor, no parecía pertenecer a una clase que aborreciese el dinero.

>> Después de finalizar el relato, me despedí bastante desilusionado, pidiéndole los datos de los familiares de la joven para poderme poner en contacto con ellos y, dándole las gracias por todo, salí del hospital, tomé un taxi y me encaminé al hotel que tenía reservado. Mi mente no dejaba de dar vueltas. Si era verdad lo que decía el doctor, lo más probable es que en lugar de ir a buscar una cura, como creía que estaba haciendo, en realidad iba a buscar todo lo contrario: una droga con la que matar a mi amada. Pero yo nunca haría eso. No quería matarla, quería que viviese. Que viviese y fuese feliz, pagase yo el precio que tuviese que pagar. Desmoralizado por estos pensamientos, me tumbé en la cama y agotado tanto mental, por mis pensamientos, como físicamente, por el viaje, me dormí.

>> No sabiendo lo qué hacer comencé a dar palos de ciego. Iría a visitar a los padres de la joven. De encontrarse viva seguramente ellos sabrían dónde paraba. No quería pensar en el caso de que ellos me informasen de que su hija estaba muerta, no quería ni plantearme tal posibilidad. Confiaba en que ellos me pudieran indicar su lugar de residencia actual. En caso de que no pudiesen hacerlo, lo cual, sinceramente, lo dudaba, pues se trataba de una familia de origen hispano y ya se sabe lo unidas que suelen estar estas familias, publicaría anuncios de búsqueda por todo el país. Y si esto fallaba, buscaría ayuda profesional, algún detective privado o algo parecido.

>> Los padres de la chica vivían, si es que se puede decir vivir, en una chabola situada en uno de los barrios más marginales de Nueva York. Tuve que darle una buena propina al taxista para que me llevara hasta allí y una todavía mucho mayor para que me esperase. Al llegar y reconocer mi origen hispano fueron muy acogedores, pero cuando les pregunté sobre el paradero de su hija la cosa cambió. El rostro del padre se puso muy tenso y se mordió los labios mientras apretaba los puños.

- Lárguese de aquí - me gritó la madre. No nos pregunte por el monstruo de nuestra hija. Se lo advertimos más de una vez, que no se juntará con aquel chico, que tarde o temprano le traería la desgracia. Pero ella, no podía escucharnos, tenía que hacer lo que quisiera. Y, cuando cayó enferma, al morir, él le propuso aquello... Y, ella, estúpida, ¡lo aceptó! Malditos sean, él por haber inducido a convertirse en un monstruo a mi niña, y ella por ser tan estúpida y haber optado por llevar la vida de oscuridad que lleva ahora. Y, ustedes, los malditos periodistas que se regocijan en los sufrimientos de los demás... Ustedes, seres viles y sin corazón que hurgan en lo más profundo de nuestras heridas buscando escribir un miserable artículo o una novela... Estoy harta de todos ustedes. Lárguese, vayase y no vuelva.

>> Mientras hablaba no paraba de avanzar hacia a mí haciendo gestos violentos con sus manos. Temiendo por mi integridad física acabé en el rellano y por poco no fui aplastado por el violento cerrar de la puerta. Por una parte estaba triste, pues no esperaba encontrar colaboración por parte de su familia, pero por otra me había dejado bien claro que la joven estaba viva. Si estaba viva es que su novio encontró la cura a su enfermedad. Otra cosa era que luego se hubiesen dado a la mala vida. ¿Estaría metida en el negocio de las drogas? ¿Tal vez la prostitución? No sabía, y sinceramente, me daba igual. La esperanza renacía en mi corazón. Todavía estaba a tiempo, todavía podía salvarse.

- Realmente ¿es usted periodista? - sonó una voz detrás de mí mientras caminaba hacia el taxi que me estaba esperando. No lo parece.

>> Me giré para ver quién me hablaba.

- Lamento mucho cómo le ha tratado mi hija, pero entienda usted que hemos sufrido mucho - continuó hablando la mujer. ¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué busca a mi nieta?

>> Le conté que encontrarla era la única esperanza real que tenía de salvarte. Ella me escuchó con ojos compasivos mientras le hablaba.

- Entiendo - dijo cuando hube finalizado. Su novia, al igual que mi nieta, tiene efectivamente cura. Todos nosotros conocíamos esa cura cuando cayó enferma y, sin embargo, ninguno quiso ofrecérsela. Ella misma la conocía y la rechazó hasta que se la propuso su novio. Debe tener en cuenta que el precio que hay que pagar es muy alto. Si existe infierno puede estar seguro que por curar a su novia usted y ella acabarán en él. No conviene ir en contra de los designios del Señor. Su novia está condenada a morir, si usted quiere que siga viviendo violará las leyes divinas, condenándose para la eternidad. Además, una vez que lo llevé a cabo, aunque se arrepienta no podrá dar marcha atrás. Ante usted tiene dos caminos: respetar el criterio del Cielo y permitir que su novia fallezca, u oponerse a ello y luchar contra la propia Naturaleza. Usted es quien debe escoger. Pero piénselo bien antes.

>> Como puedes comprender no dudé ni un momento. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de salvarte.

- El amor es una cosa curiosa - continuo la vieja. Hacemos verdaderas locuras por él, ¿verdad? Bien, si su decisión es esa yo la respeto. Dígame dónde se aloja y concertaré una entrevista con mi nieta.

>> Le apunté en una nota el hotel y la habitación donde vivía temporalmente, y dándole las gracias con más fervor del recomendado por las buenas maneras, subí al taxi con el corazón lleno de alegría y el espíritu lleno de ilusión.

>> Pasó una semana, durante la cual pasee, leí, hice gimnasia para tranquilizarme, me fui al bingo, e incluso creo recordar que llegué a subirme por las paredes, hasta que la abuela se pusiera en contacto conmigo. Se limitó a enviarme una nota con unas señas y a una hora.

>> Cinco minutos antes de la hora fijada me encontraba en el lugar indicado. Se trataba de la puerta de una discoteca bastante famosa en la cual, no paraba de entrar continuamente gente de todo tipo. A la hora en punto, un joven se presentó indicándome que lo siguiera si quería encontrarme con aquella a la que andaba buscando, lo cual, hice sin rechistar. Anduvimos durante una media hora por callejuelas totalmente desconocidas para mí, aunque eso no significaba nada, pues era la primera vez que me encontraba en Nueva York. Después de entrar en una calle muy estrecha, apenas iluminada, se paró delante de un portal y sacando una llave abrió, dejándome pasar e indicándome que subiera las escaleras, que me estaban esperando.

- Ah, por cierto, espero que no seas muy miedoso y no te asustes con lo que veas - me dijo mientras cerraba tras de mí la puerta.

>> Confieso que sus palabras me produjeron cierto temor, pero una vez llegado allí tenía que seguir adelante. Seguramente la joven se dedicaba a traficar con drogas, o incluso traficaba con órganos, y seguramente fuese por este motivo por el que la abuela hablaba de ir en contra de los designios de Dios. A fin de cuentas, todos los trasplantes modernos ¿no se pueden considerar como una violación de las leyes divinas? Pero, sinceramente, me traía sin cuidado ese tipo de teje manejes. Lo único que quería era la cura para ti, nada más.

>> Subí los peldaños ni rápida ni lentamente. Al final de la escalera encontré una puerta semiabierta. Por el resquicio se oían voces. Era allí donde tenía que entrar. Respiré profundamente y abrí.

>> La habitación que vi era rectangular, carente totalmente de muebles. Por el medio había dos hombres mirando a una pareja apoyada contra la pared opuesta a la puerta por donde yo entraba. El hombre, espalda contra la pared, me miraba con ojos de borracho. Parecía disfrutar de la situación. La mujer le besaba. Al oír abrir la puerta, los dos hombres se giraron nerviosos, mirándome con ojos desafiantes. La mujer, por el contrario, se dio la vuelta con calma y mirándome a los ojos con una sonrisa maligna, me dijo:

- Buenas noches. Le estaba esperando. Mi abuela ha conseguido convencerme para que le ayude. No suelo hacerlo, aunque su caso me recuerda tanto al mío... Supongo que no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de cómo logré salvar mi vida, y de por qué en la actualidad gozó de tan buena salud. Desde aquel día no he vuelto a caer enferma, ni siquiera he cogido un resfriado.

>> Las sienes de mi cabeza latían con tanta fuerza que temía fuesen a estallar. Sí, claro que sabía cómo había conseguido salvar la vida. Y sabía que no había marcha atrás, pero confieso que no quería dar marcha atrás. Habría hecho cualquier cosa por salvarte. Mi decisión estaba tomada.

>> Esto sucedió hace un mes. Tenía que volver en barco, no podía volver en avión, ya sabes, por la luz. He llegado demasiado tarde.

>> Parece que está amaneciendo. ¿Sabes? Ya no me importa morir. Toda mi vida giraba en torno tuyo, tú eras el manantial de mi energía. Sin ti no tengo fuerzas para seguir, no tengo ganas de vivir. ¿Para qué? Estoy condenado a una eterna soledad. No quiero seguir.

>> Es curioso pero nunca se me hubiese ocurrido una cura tan sencilla. Lo comprendí todo cuando vi los labios de la chica. Al principio pensé que estaban manchados de vino, pero ¿dónde estaba la copa? Luego, al fijarme un poco más, y ver la garganta desgarrada del joven que tenía a su espalda, ver los afilados dientes impregnados de sangre, lo entendí todo. Tu enfermedad desaparecería al convertirte en una vampira, pero ¿cómo hacerlo? Sólo había una solución: convertirme yo primero en ello. Condenando mi alma te podría salvar. Soy un vampiro, pero ya por poco tiempo.

>> Mira, dentro de unos instantes los primeros rayos del amanecer llegarán hasta nosotros. Dame un beso, querida mía, un último beso antes de sumergirme en el infierno. Fundámonos en uno, que el sol sea testigo de nuestra eterna unión.

Autor: AMLP